

Capítulo 18. Carta N°18.



Como discípula aventajada que es usted, querida amiga, me exige que le dé razón del hecho de haber dejado de hablarle sobre mis ideas respecto al jugar con la cadena del reloj y ponerme a contarle historias que no tienen nada que ver con lo mismo. A este respecto le puedo dar a usted una razón un poco cómica. Cuando, últimamente, comencé a hacer este pequeño autoanálisis, le escribía a usted lo siguiente: “En la mano derecha tengo la pluma, con la izquierda juego con la cadena del reloj”. Y luego agregaba que, en ambos casos, se simbolizaban complejos masturbatorios. Luego continuaba: “Mi mirada está dirigida a la pared de enfrente, a un aguafuerte holandés que reproduce un cuadro de Rembrandt de la Circuncisión de Jesús”. Esto no es cierto. El aguafuerte reproduce la representación de Jesús en el templo en presencia de un gran contingente de personas. Yo debía haberlo sabido, y, en realidad, lo sabía, pues había contemplado el cuadro muchas veces y detenidamente. Y, con todo, mi Ello me llevó a olvidar todo esto y a hacer de la Presentación una Circuncisión. ¿Por qué? Porque yo era en aquél momento presa y víctima del complejo masturbatorio, porque la masturbación es un delito que no escapa al castigo, al castigo de la castración, y la circuncisión es una castración simbólica. Mi inconsciente ha exigido como reacción a la idea de la masturbación la de la castración y, por el contrario, rechazado con toda decisión la idea de que Jesús infante haya sido expuesto a las miradas de todos en el templo, pues este niño es, como todo niño varón, un símbolo del órgano masculino, y el templo, un símbolo de la madre. Si el objeto del aguafuerte hubiese alcanzado el marco de mi conciencia hubiese significado, al relacionarlo con la pluma y la cadena del reloj, lo siguiente: “Estás jugando con ese niño simbólico ante la mirada de todos, y además les delatas que, en último término, este juego masturbatorio atañe a la imagen de la madre tal como Rembrandt, en ese misterioso claroscuro del templo, ha sabido simbolizarla”. Todo esto le resultaba al inconsciente insoportable a raíz de la doble prohibición del incesto y de la masturbación, y por eso prefirió llamar en seguida en su ayuda al símbolo del castigo.

Que el rito de la circuncisión tenga algo que ver con el acto de castrar es algo que me siento inclinado a admitir porque su introducción va unida al nombre de Abraham. De la vida de Abraham se nos cuenta esa extraña historia del sacrificio de Isaac, o sea, cómo el Señor le ordena que sacrifique a su hijo Isaac, cómo Abraham está dispuesto a obedecer y llevarlo a la práctica, pero en el último minuto viene el ángel y se lo impide. En lugar de Isaac, Abraham inmola un carnero. Si usted tiene un poco de buena voluntad se dará cuenta que el sacrificio del hijo lo que significa es la amputación del pene, cuyo símbolo es el hijo. Lo que se quiere expresar con esta historia es que, en lugar de la autocastración del siervo de Dios, que tiene sus seguidores en el celibato de los sacerdotes católicos, se procedió, en algún tiempo determinado, a la introducción de los sacrificios animales. El carnero es un animal apropiado para llegar a descifrar todo este simbolismo, por cuanto el hábito de capar a los machos es una práctica conocida desde siempre en la cría de los ovinos. Consideradas así las cosas, hay que quedar también en que la historia de la alianza por la circuncisión entre Jahveh y Abraham no es sino una repetición del cuento en otra forma, o sea, una doble versión, como es habitual en la Biblia y en otros sitios. La circuncisión sería, pues, el resto simbólico de la castración ritual. Pero sea lo que fuere, para mi inconsciente -y esto ya entra en consideración al confundir circuncisión y presentación en el cuadro-, castración y circuncisión son parientes cercanos, es más, son lo mismo. Pues, como muchos otros, también yo me enteré relativamente tarde que un castrado, un eunuco, es diferente de un circuncidado.

Por otra parte, estas relaciones existentes entre castración y circuncisión tienen una especial importancia

en la doctrina de Freud, por lo que debo recomendarle a usted se lea su libro sobre el tótem y el tabú. Por mi parte sólo quisiera poner ya en sus manos una pequeña fantasía de la psicología de los pueblos para que usted haga con ella lo que quiera. Tengo la impresión de que, en los tiempos en que los matrimonios se celebraban siendo los contrayentes relativamente jóvenes, el hijo mayor debe haber sido algo así como un inquilino poco grato en el hogar paterno. La diferencia de edad entre padre y el hijo era tan escasa, que el primogénito podía ser el rival nato del padre en todo, y sobre todo en relación con la madre, no mucho más vieja que él tampoco. Incluso en la actualidad son padre e hijo rivales naturales y enemigos, de nuevo a causa de la madre, a quien el uno posee como mujer y el otro desea de la manera más ardiente. En los tiempos en que la superioridad que la edad confiere no tenía tanta beligerancia, cuando las pasiones y los instintos eran todavía más ardientes e indomables, no estaba nada lejos de la mente del padre el matar al hijo, que tantas molestias ocasionaba, idea que ahora ya, desde hace mucho tiempo, yace reprimida en las profundidades del inconsciente, pero que no deja de salir por sus fueros a través de un sinnúmero de manifestaciones vitales y síntomas patológicos. Pues el amor paterno, considerado de cerca, no resulta menos extraño que el amor de la madre. Según esto se podría suponer que originariamente existía la costumbre de ejecutar al hijo mayor, y como resulta que el hombre es un comediante y un fariseo, luego se terminó por considerar el crimen como un acto religioso y ritual, y al asesinato del hijo, como un sacrificio. Esto, además de convertir en noble lo malvado, poseía la ventaja de poder comerse al muerto después del asesinato y así dar expresión plástica a la infantil idea del inconsciente de que el embarazo es consecuencia de la previa ingestión del pene, aquí simbolizado por el hijo. Con la progresiva represión del odio se llegó poco a poco a otros métodos, pues, además, la necesidad cada vez mayor de fuerza de trabajo hacía desaconsejable el simple asesinato. La manera de librarse ahora del rival era la castración. Con ello no había ya más que temer en lo tocante al amor y, además, sin mucho trabajo, se disponía de un esclavo. Al aumentar la densidad de población se echó mano de la idea del destierro, procedimiento que nos es conocido hasta en tiempos históricos con el nombre de ver sacrum. Y finalmente, al hacerse necesaria la conservación y la salud de todos los miembros de la tribu al entrar ésta a formar con otras tribus la unidad superior que dio origen a los pueblos, y al aparecer el sedentarismo y la agricultura, se llegó a la simbolización del asesinato y a la invención de la circuncisión.

Si ahora quiere usted cerrar el círculo de todas estas fantásticas consideraciones ha de enfocar el asunto desde el punto de vista del hijo, que no odia menos al padre que el padre a él. El deseo de asesinar al padre se centra en torno al complejo de castración tal como aparece en el mito de Zeus y Cronos, y de aquí se desarrolla después la castración del sacerdote al servicio de la divinidad, pues así como el pene es simbólicamente el hijo, lo es, de la misma manera, el progenitor, el padre, y su castración no es sino un parricidio en símbolos.

Estoy temiendo cansarla a usted, pero es preciso que vuelva de nuevo a la cadena de mi reloj. Junto a la calavera que cuelga de ella hay también un pequeño globo terráqueo. Dentro del humor inquieto de mis pensamientos me viene la idea de que la tierra es un símbolo de la madre y que, por consiguiente, el hecho de que yo ande jugando con ella entraña la simbólica realización del incesto. Y como al lado se halla, amenazadora, la calavera, no es de extrañar que se bloquee el movimiento de mi pluma, que rehusaba ser instrumento de dos pecados mortales: la masturbación y el incesto.

Y ahora, ¿a dónde nos llevan las sensaciones acústicas a las que yo hacía referencia, es decir, la música de marcha, el chillido de la lechuza, el ruido del automóvil y el paso del tranvía? Característico de la marcha son el ritmo y el compás, y a la palabra ritmo fácilmente se asocia la idea de que toda actividad puede ser realizada con más facilidad si se la ordena rítmicamente en compás. Esto lo sabe cualquier niño. Quizá sabe también el niño por qué es así. Quizá son el ritmo y el compás antiguos conocidos, necesidades vitales e imprescindibles desde el vientre de la madre. Posiblemente el niño que todavía no ha nacido está limitado a un pequeño número de sensaciones, entre las que el ritmo y el compás ocupan el primer puesto. El niño se columpia en el seno materno unas veces más suave, otras veces más fuerte, según sean los movimientos de la madre, según sea su manera de andar y la rapidez con que lo hace. Y sin interrupción, rítmica y acompasadamente, el corazón del niño toca extrañas melodías, a las que el niño presta toda su atención, tal vez con los oídos, tal vez con el sentido común de su cuerpo, que capta el movimiento y lo elabora en el inconsciente.

Sería muy atractivo intercalar aquí algunas consideraciones sobre este fenómeno, considerar cómo el hombre no solamente está sometido al ritmo en su actividad consciente, en su trabajo, en sus actividades artísticas, en su andar, en su actuar, sino también en el sueño y la vigilia, en la respiración, la digestión, en el desarrollo y en la decrepitud, en todo. Al parecer el Ello se manifiesta tanto en el ritmo como en los símbolos; parece ser que el ritmo es una propiedad necesaria del Ello, o, al menos, que nosotros, para poder hacer al Ello objeto de nuestras consideraciones, hemos de atribuirle capacidades rítmicas. Pero esto me llevaría demasiado lejos y, por eso, prefiero llamar su atención sobre el hecho de que la marcha me llevó a pensar en el embarazo, como ya se había antes insinuado al hablar del pequeño globo terráqueo pendiente de la cadena de mi reloj. Pues este globo terráqueo -apenas necesito decirlo- es, a través de la idea de la madre tierra y de la redondez del globo, una insinuación del vientre materno en estado de buena esperanza.

Ahora comprendo también por qué yo llevaba el compás con el talón, en lugar de llevarlo con la punta del pie. Para todo el mundo, desde la infancia, el talón se halla relacionado inconscientemente con el acto de dar a luz. Pues en la educación de todos nosotros, desde la tierna infancia, no falta la historia del pecado original. Léala usted, por favor. Lo más llamativo de ella es que, después de haber comido del fruto prohibido, ambos, Adán y Eva, se avergüenzan de su desnudez. Esto prueba que se trata de una narración simbólica acerca del pecado del placer venéreo. El paraíso, en cuyo centro “se levanta” el árbol de la vida y del conocimiento -conocer significa realizar el coito-, habla por sí mismo. La serpiente es un antiquísimo símbolo fálico que aparece en todas las culturas; su mordedura envenena, embaraza. El fruto que Eva ofrece a Adán y que, llamativamente, los siglos se han encargado de decir por su cuenta que fue una manzana, el fruto de la diosa del amor, siendo así que la palabra manzana no aparece en la Biblia; este fruto, agradable a la vista y bueno para comer, hace referencia a los pechos de la mujer, a los testículos y a las nalgas. Una vez captadas todas estas relaciones es ya inmediatamente claro que la maldición: “La mujer le aplastará la cabeza a la serpiente y la serpiente le picará a la mujer en su calcañar” significa la relajación, la muerte del miembro viril después de la eyaculación, y la picadura nos lleva, pasando por la cigüeña de nuestra infancia, al nacimiento. El hecho de que yo usaba el talón para llevar el compás demuestra lo implicado que estaba mi inconsciente con la idea del embarazo. Pero a la vez también en el complejo de castración. Pues en el acto de aplastar la cabeza de la serpiente van parejamente incluidos castración y relajo. Y, a compás con todo esto, se impone también aquí la idea de la muerte. El aplastar la cabeza equivale al acto de degollar, una clase de muerte que, por el camino de los símbolos, se ha desarrollado a partir del tándem castración-relajación del miembro. El hombre pierde la cabeza, al ser degollado, lo mismo que el miembro viril la pierde al relajarse y ocultar de nuevo el glande dentro de la piel que constituye el prepucio. Usted puede seguir todas estas ideas, si le parece bien en las historias de David y Goliat, de Judit y Holofernes, de Salomé y Juan el Bautista, el coito es una especie de muerte, de muerte en la mujer, una imagen que ha recorrido los siglos. Y la muerte penetra en mis oídos con chillido agudo, con el chillido de la lechuza que me llama: “Vente conmigo, vente conmigo”. A la vez se insinúa de nuevo el motivo de la masturbación en la señal del automóvil; pues el auto es un conocido símbolo de autosatisfacción, si no es que hay que agradecer su invención a nuestras tendencias masturbatorias. Que el tranvía eléctrico -naturalmente por asociación con la electricidad por frotamiento y el transporte de personal-, que el tranvía eléctrico, digo, unifica en sí símbolos masturbatorios y de embarazo se deduce del hecho de que la mujer, que tanta sensibilidad tiene para captar los símbolos y que representa la parte de la humanidad más emparentada con el arte, lo hace continuamente mal al bajar del tranvía... ¡con el fin de caerse!

Y ahora se me aclara otra faceta del problema de la marcha. Hace muchos años tuve ocasión de oír estos mismos compases cuando volvía del entierro de un oficial del ejército. A mí me ha agradado siempre, y de manera excepcional, que los soldados, después de haber cubierto de tierra el cuerpo de alguno de sus compañeros, vuelven a la vida normal con toda alegría. Así debería ser en todas partes. Una vez que la tierra ha cubierto el cadáver, ya no debe haber lugar a la tristeza: “Cerrad vuestras filas”.

¿Me encuentra usted duro y cruel? Más duro me parece a mí exigir de los hombres que estén tristes durante tres días. Es más, por lo que yo los conozco, tres días son ya insoportables. Los muertos tienen siempre razón, reza el proverbio, pero en el fondo no la tienen nunca. Y si se investiga un poco todo este

asunto llega uno fácilmente a la conclusión de que todo el luto y toda la tristeza no son más que miedo, temor a los fantasmas, y no se hallan a mayor altura ética que la costumbre de sacar a los muertos de casa con los pies para adelante... para que no vuelvan. Tenemos la sensación de que el espíritu del muerto vaga por las cercanías del cadáver, y uno debe llorar, pues si no se ofende al espíritu, y los espíritus son vengativos. Pero una vez que el cuerpo está bajo tierra ya no hay miedo a que aparezca el espíritu. Y encima de la tumba se coloca una losa. Esto da aún más seguridad. Y para el caso de que en realidad alguno de los muertos resucitase, se encontraría, al salir de la tumba, con lazos que presentarían la forma de coronas de flores, que le enatarían los pies y no lo dejarían escapar.

No quiero ser injusto. La palabra resucitar demuestra que en la decisión de que sean tres los días de corpore insepulto ha intervenido también otra cadena de ideas. Tres días es el tiempo de la resurrección, y tres por tres son nueve, el número del embarazo. Y la esperanza de que el alma del difunto haya encontrado en este espacio de tiempo el camino que le conduce al cielo, donde, desde ese momento, podrá descansar bien lejos y sin dar guerra, tiene también su sentido.

El hombre no llora en realidad a sus muertos. De eso nada. Y si, en su intimidad más profunda, lo hace, no lo deja ver.

Pero aún entonces es muy dudoso si sus llores tienen que ver con el muerto o más bien el Ello está triste por alguna otra cosa y aprovecha la ocasión de tomar un pretexto y racionalizar sus cuitas, y fundamentarlas ante la Señora Moral.

¿Usted no lo cree? ¿Que tan malos no son los hombres? Pero ¿por qué los llama usted malos? ¿Ha visto usted alguna vez llorar a un niño por un muerto? ¿Y querrá usted acaso decirme que los niños son malos? Mi madre me contó que yo, cuando murió mi abuelo -tendría entonces tres o cuatro años-, andaba saltando y batiendo palmas alrededor de su ataúd y decía: "Ahí dentro está mi abuelo". Y no por eso mi madre me consideraba como malo, y yo no creo que tenga derecho a considerarme más moral que ella.

¿Por qué, pues, lleva la gente luto incluso durante un año entero? En parte por el que dirán los demás, pero sobre todo -como los fariseos- para vanagloriarse ante sí mismos, para engañarse a sí propios. Le juraron un día al muerto y a sí mismos serle siempre fiel, no olvidarlo jamás. Y pocas horas después de la muerte ya lo hemos olvidado. Pero entonces lo bueno consiste en acordarse de él, en ir vestidos de negro, llevar señales de luto, colgar retratos suyos en la casa y llevar siempre consigo un mechón de cabellos del difunto. Uno se siente bien y le resulta a sí mismo una buena persona cuando guarda luto.

¿Quiere que le insinúe, en secreto, una pequeña prueba? Observe usted después de dos años de la muerte del esposo o la esposa lo que pasa con el sobreviviente, con aquel sobreviviente transido de dolor. O ha muerto ya también, lo cual es bastante frecuente, o se trata de una viuda satisfecha y floreciente o de un viudo que ya se ha vuelto a casar. ¡No se ría usted! Tiene un profundo sentido y, además, es cierto.

Siempre suyo,
PATRIK TROLL

Volver a Publicaciones de Groddeck